

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XXII JORNADAS

VOLUMEN 18 (2012)

Luis Salvatico
Maximiliano Bozzoli
Luciana Pesenti
Editores



ÁREA LÓGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Aspectos epistemológicos del lenguaje metafórico en su relación con el lenguaje literal: el papel del intérprete

Carlos Emilio Gende *

I

Buena parte de las discusiones epistemológicas respecto a los rendimientos del lenguaje metafórico -sobre su capacidad cognitiva, alcance referencial, pretensión de verdad, por citar las más habituales- son deudoras de la caracterización lingüística que hagamos de este especial modo de enunciación, la que a su vez resulta del tipo de relación que establezcamos entre metáfora y lenguaje literal. Dado que suele postulársela en términos de subordinación, las consecuencias sobre el alcance de lo metafórico se evalúan haciendo prevalecer el lenguaje literal como aquél al que debe remitirse para justificar su empleo, en tanto instrumento ilustrativo o preparatorio; o, a la inversa, considerando al procedimiento metafórico como base de sustentación de todo nuestro sistema lingüístico, en tanto este último resultaría de una modalidad básica que consiste en hacernos entender un asunto en términos de otro.

En el primer caso la relación de subordinación pareciera describir el aspecto sincrónico de la lengua, en la medida que se postula una estructura literal en tiempo presente, respecto de la cual puede hacerse un empleo metafórico según diversos fines que, en definitiva, remiten siempre a ese estado presente del sistema. En el segundo caso, al contrario, se pretende describir la situación diacrónica, en tanto procura defender la índole genética en la base de sustentación del sistema de la lengua, para cuya fundamentación postula un modo metafórico de constitución de los campos semánticos. Sin embargo, en ambos la relación de subordinación no permitiría evaluar adecuadamente la especificidad pues, o bien en la primera la metáfora aparece como un trastorno del empleo literal -en ocasiones útil- pero que en definitiva no podemos explicar, o bien en la segunda adquiere una presencia omnimoda tal que pierde fertilidad heurística investigar sus logros.

¿Cuál sería entonces una relación adecuada? Intentaremos mostrar que debería ser una que reconozca la tensión entre lo literal y lo metafórico, tensión productiva de la que se hará cargo el trabajo del intérprete.

Para llegar a eso, evaluaremos un caso para cada una de las relaciones mencionadas, a los fines de reconocer sus fallos y a partir de ello tender a una visión más integradora, que creemos hallar en la teoría de Ricoeur, especialmente en *La metáfora viva* (1975); revisaremos entonces la presentación de Searle en "Metáfora" (1979) como ejemplo de lo primero y la de Lakoff y Johnson en *Metáforas de la vida cotidiana* (1980) para la segunda.

II

La posición de Searle es especialmente interesante pues, aún habiendo superado una descripción semántica, puede presentársela como un literalismo refinado, crítico de teorías muy aceptadas como la interactiva de Black (1966).

El "núcleo duro" de su teoría consiste en proponer una distinción entre asignarle significado a una palabra/oración, que nunca sería metafórico, y asignárselo a su preferencia, que ocasionalmente pudiera serlo. De la incapacidad para realizar tal distinción depende la

* U.N.Comahue, soutopo@gmail.com

presunción errónea de que en las emisiones metafóricas hay un cambio de significado en al menos una expresión, cuando, hablando estrictamente, "en la metáfora nunca lo hay" (Searle, 1979, p. 100) Y si ocurren, terminan alterando el léxico por incorporación de la modificación, es decir, por admisión de una expresión nueva, pero entonces dejan de resultar interesantes como situaciones novedosas de empleo, como metáforas vivas. El problema a explicar consiste en "cómo el significado del hablante y el de la oración son distintos y, sin embargo, están relacionados" (*ibid.*), imposible si suponemos que en la emisión metafórica cambió el significado de las palabras/oraciones. Cabe consignar que Searle retrotrae ese problema al previo del significado de las expresiones literales, asunto que parecieran dar por resuelto aquellos que se dedican directamente a trabajar con el significado de las metáforas. Así, la distinción entre significado de una oración y su emisión es indispensable para tratar con expresiones literales, pues este significado establece un tipo determinado de condiciones de verdad relativo a un contexto y la pregunta recae sobre cuál es el criterio que permite dar cuenta de ellas: no bastan los elementos gramaticales, pues habría "un *background* que no está explícitamente realizado en la estructura semántica de la oración" (p. 95).

Entonces, "una emisión metafórica es aquella en que un hablante emite una oración de la forma 'S es P' y significa metafóricamente 'S es R'" (p. 98). Desde el punto de vista del receptor -el aspecto que nos interesa revisar- los requisitos para entender una metáfora no se satisfacen sólo con el conocimiento del lenguaje, de las condiciones de la emisión y de los presupuestos de fondo compartidos con el emisor, pues "debe contar [además] con otros principios, o información factual o alguna combinación de ellos que le permita figurárselo" (99), y eso se resume en "traer a la mente" un tipo diferente de significado y de condiciones de verdad desde aquellos determinados por el literal.

Ahora bien, esto exige la aceptación de supuestos como el de traducibilidad completa y la dependencia de condiciones de verdad de emisiones metafóricas respecto a las de las emisiones literales. Para lo primero, sostiene que a pesar de reconocer la inadecuación de los intentos de traducción, consiste en una relación simétrica, por lo cual: "decir que una traducción es una pobre traducción de la metáfora es también decir que la metáfora es una pobre traducción de sus traducciones" (97, 8).

Me interesa destacar que si bien en la cita pareciera aludir a un proceso circular de mutua dependencia, más bien se sostiene en un principio de equivalencia que liquida la posibilidad de postular un plus de significado, o al menos de uno distinto en lo metafórico. Precisamente esto último resulta objetado por Searle al distinguir entre el significado de la oración y el del hablante en una expresión, sin embargo, de ese modo no logra defender la relación simétrica entre lo traducido y lo metafórico, pues en lo segundo estaría ocurriendo algo distinto que el simple empleo inusual de significados literales y es esa distinción la que requiere ser explicada.

No deja de ser curioso que a continuación de proponer que la forma de las emisiones metafóricas consiste en "un hablante emitiendo una oración de la forma 'S es P' para significar metafóricamente que 'S es R', acompañe con ejemplos de metáfora y su enunciado literal correspondiente, cuando precisamente lo que se trata de mostrar es la posibilidad de establecer un vínculo entre S, P y R, para lo cual no podríamos partir de la asignación de un significado para R y querer develar con ello cómo se da la relación con P. Esto sólo se explica si aceptáramos el supuesto de traducibilidad, pues a la base de la relación de simetría aparece: "en cada caso la afirmación metafórica del hablante será verdadera si, y solo si, la

afirmación correspondiente usada en la traducción es verdadera", con lo que termina por disolver el círculo de intercambios. Sin embargo, como es siempre dificultoso establecer cuándo una traducción es satisfactoria, no podemos esperar de ella el establecimiento de las condiciones de verdad que volverían verdadero al enunciado metafórico.

En síntesis, Searle contribuye al reconocimiento de supuestos que le impiden a la teoría de la interacción describir adecuadamente la virtud cognitiva de las metáforas, pues tiende a defender la emergencia del significado metafórico como algo que ocurriría en el acto de un emisor. No obstante, nos compromete con criterios que se proponen disolver el problema de la relación con lo literal antes que explicarlo, pues la misma se resuelve en la traducción. En ese sentido no es extraño que coincida con Black, aún desde objetivos distintos, en sostener lo innecesario de un tratamiento especial para las metáforas vivas. Su teoría, restringida al uso, entiende que "las metáforas muertas están vivas. Se han vuelto muertas por un uso continuo, pero ese uso continuo es una clave de que satisfacen algunas necesidades semánticas" (98).

Así, elabora una teoría de las metáforas según el uso pero para dar cuenta de necesidades semánticas, no para reconocer la emergencia de significaciones nuevas. Sólo se trata de dar cuenta de los vacíos lexicales mediante metáforas convertidas por el uso continuo en catacresis ("el pie de la montaña"), por lo cual su aporte conduce a describirla como recurso instrumental para llenar lagunas de expresión. Al respecto, Ricoeur sostiene: "cuando el efecto significativo que llamamos metáfora ha incorporado el cambio de significado que aumenta la polisemia, la metáfora ya no está viva sino muerta. Sólo las metáforas vivas son auténticas, pues son al mismo tiempo 'evento' y 'significado'" (Ricoeur, 1974, p.170). Es decir, la metáfora es un evento significativo que abre las posibilidades de lo que ya se ha consolidado en el léxico, el que a su vez en su génesis bien pudo haber sido creación de un orden nuevo. Pero si importa recuperar su significado, no es tanto por apropiación en el sistema de la lengua sino por su momento innovador, de ahí que no sea de su interés la catacresis ni la metáfora muerta.

III

Esto último nos permite pasar a evaluar algunos de los rasgos centrales en el proyecto de Lakoff y Johnson, quienes también desechan la importancia de conceder un tratamiento especial para las metáforas vivas, aunque por razones de mayor radicalidad, pues sostienen que los ejemplos que suelen caracterizarse de catacresis son los únicos que merecerían ser llamadas metáforas muertas, en tanto "no interactúan con otras metáforas, no tienen ya un rol interesante en nuestro sistema conceptual" (Lakoff y Johnson, 1980, 55); en cambio aquellas otras que aunque lexicalizadas aluden a "conceptos metafóricos que estructuran nuestras acciones y pensamientos" están vivas pero en el sentido de que son metáforas mediante las que vivimos

Lo novedoso reside en afirmar que las metáforas impregnan nuestra vida cotidiana, en tanto nuestro sistema conceptual, que estructura el campo perceptivo respecto a nuestros movimientos en el mundo y en el modo en que nos relacionamos con otras personas, es de naturaleza metafórica; ella nos permite entender y experimentar un tipo de cosas en términos de otra (p. 6)

Para esto, distinguen entre metáforas estructurales, aquellas en que un concepto está estructurado metafóricamente en términos de otro, y orientacionales: casos en que un

concepto organiza un sistema global en relación a otro. Lo peculiar de estas últimas es que no son arbitrarias pues “tienen una base en nuestra experiencia física y cultural” (p. 14); se trata de orientaciones espaciales que surgen del hecho de poseer cuerpos y funcionar en un medio físico. Ahora bien, esta descripción, que apunta a establecer “la base experiencial de las metáforas” (p. 19) y para lo cual se tiene en cuenta la dificultad que existe a la hora de distinguir ambas bases para reconocer una metáfora dada, se resuelve en una formulación que reduce la explicación de las bases culturales por las físicas. En efecto, si bien insisten en la mutua constitución, a la vez proponen trazar “una distinción importante entre experiencias que son más físicas, tal como estar de pie, y aquellas que son más culturales, como participar en una boda” (*ibid.*), pero para finalmente inclinar la balanza hacia la base física mediante la sutil distinción entre experiencias más delineadas y menos delineadas: “mientras nuestra experiencia emocional es tan básica como nuestra experiencia espacial y perceptual, nuestra experiencia cultural es mucho menos claramente delineada en términos de lo que hacemos con nuestros cuerpos” (p. 58)

A su vez, el carácter determinante es el del primer miembro del par, aquél que permitirá a los autores aludir a metáforas y conceptos emergentes, para terminar sosteniendo que conceptualizamos lo menos claramente delineado en términos de lo más claramente delineado”

En su capítulo dedicado a las metáforas ontológicas, se puede observar alguna de las dificultades para este proyecto basado en una supuesta conceptualización precedente “más claramente delineada”. Allí sostienen que las metáforas ontológicas proporcionan una base adicional para la comprensión de los términos orientacionales, pero si lo que proponen es atribuir una función complementaria a una cierta experiencia de objetos físicos y de sustancias que daría una base adicional para la comprensión de la orientación, no es claro por qué esta última tiene que preceder. Es cierto que con Kant primero en el orden del tiempo no es primero en el orden de los fundamentos, por lo cual tal vez los autores estén pensando simplemente en la precedencia temporal y de este modo no pretendan atribuirle otro rango. Sin embargo, es en su capítulo de fundamentación del sistema conceptual donde sostienen que nuestras experiencias sensorio-motoras constituyen la base de los conceptos metafóricos orientacionales, los que a su vez se correlacionan sistemáticamente con nuestras emociones, dando lugar así a metáforas emergentes.

De todos modos, fíjese la precedencia donde fuere la dificultad mayor reside en atribuir a los conceptos metafóricos algo que no pareciera ser exclusivo suyo, a menos que sostengamos su omnipresencia. Quiero decir, ¿por qué llamar metáfora ontológica a la conceptualización en términos de objetos y sustancias, y por qué la función de 'referirse a' pretende ser atribuida a la metáfora y no a todo el lenguaje en general? Del hecho de conceder precedencia al concepto para la estructuración de la experiencia no se sigue que aquél sea de índole metafórica, o al menos no sólo de esa índole.

En verdad, destacar el rol omnipresente de la metáfora en la constitución del lenguaje resultaría una verdad trivial, pues ello muestra el carácter obviamente indirecto del lenguaje para referirse a lo extralingüístico. Poco importa destacar su raíz metafórica si ello sólo alude a la imposibilidad de una significación propia, en el sentido de una ligazón de tipo natural entre lenguaje y mundo.

Vale insistir en la omnipresencia de los dos elementos que entran en juego a la hora de constituir nuestro sistema conceptual, según los autores, para advertir la retroalimentación de

ambos con base en un reduccionismo: "hay conceptos directamente emergentes (como arriba-abajo, dentro-fuera, objeto, sustancia, etc.) y conceptos metafóricos emergentes basados en nuestra experiencia (como 'el campo visual es un contenedor', 'una actividad es un contenedor', etc.)" (p. 69). Destacan que de esto no se concluye en el establecimiento de una diferencia entre conceptos directamente emergentes y metafóricos emergentes, "más bien parece tener un núcleo directamente emergente que es elaborado metafóricamente" (p. 69); pero, como vimos, aquél consiste siempre en uno "más claramente delineado" y responde a una experiencia física. Hasta tal punto que con ese criterio revisan la insuficiencia de lo que denominan "punto de vista abstraccionista" en la constitución de los conceptos y llegan a afirmar: "esa visión ..no puede explicar la tendencia a entender lo menos concreto en términos de lo más concreto" (p. 115).

Es la asignación de esta única finalidad la que les impide reconocer la especificidad de un proceso que para Ricoeur supondría innovación semántica y un trato imaginativo con la experiencia lingüística del mundo.

IV

Al respecto, cabe preguntarse si hay alguna relación entre el desdén por considerar la especificidad de la metáfora viva y la insuficiencia de teorías como las descritas para dar cuenta del significado emergente por parte de un intérprete. Pareciera que es a raíz de la indiferencia por indistinción a considerar seriamente su importancia que no se llega a reconocer el rol creativo específico de la metáfora. Es claro al menos que la indistinción de tipos de discurso conlleva pérdida de atribución de significado específico a la metáfora, cuestión que paradójicamente es lo que se creería salvar con ese criterio.

La virtud de la metáfora consiste en mostrar la tensión irresuelta entre lo arbitrario y lo convencional en la constitución de los campos semánticos, pues de lo que se trata al interpretarlas, es decir, la condición que posibilita su reconocimiento desde el punto de vista de la alteración en el uso del léxico, consiste en la exploración de las más diversas posibilidades de combinatoria y ampliación de los significados primarios atribuidos por la lengua a un término dado. Posibilidades que no pueden ser todas, o mejor dicho, que no pueden ser cualesquiera si pretendemos tratar con una expresión como metafórica y superar con ello la experiencia simple de absurdo o contradicción. No hay metáfora en el diccionario, sostiene Ricoeur, pero tampoco la hay si no se logra atribuir a una expresión dada un sentido que no se reduzca a la impresión de superficie. La defensa de un carácter abarcador que subyace a la indistinción, al contrario, pareciera más bien apuntar a su disolución, en tanto desaparecería con ella también el sistema del lenguaje literal que sostiene como su contraparte la emergencia de las expresiones metafóricas; no habría metáfora -o al menos no habría modo de reconocerla- allí donde se postula que todo lenguaje es metafórico.

Ricoeur sostiene que ella nos permite ver las cosas de modo nuevo y creativo, pero para saber que estamos en su presencia debemos suponer una relación de interacción con un sistema de la lengua lexicalizada -momento 'explicativo'- y también un acto de comprensión por parte del intérprete. El receptor se descubre provocado a un nuevo modo de ver el mundo, entonces tiene en eso un valor heurístico. Ahora bien, la relación entre expresión y contenido es inusual, pues se parte de la recepción de una impertinencia semántica, de una experiencia de absurdo que debe superarse. De este modo, exige una revisión de todo el lenguaje en su relación con el mundo, pues si lo que se recibe de ella es en principio algo

absurdo o una contradicción manifiesta, o un desvío del lenguaje, esto obliga a completar la recepción con criterios que suponen valores epistémicos como el de atribución de racionalidad al emisor, si es que esperamos de su acto de comunicación la pretensión de anunciarnos algo. Si no logramos mediante interpretación superar el estado de absurdidad manifiesta, es obvio que no pueda establecerse una relación referencial para el enunciado metafórico y menos aún atribuirle poder cognitivo. De allí que haya que pensar a qué responde esa actividad en los momentos privilegiados de generación de metáforas vivas, pues con ellas el lenguaje muestra su potencia creadora de situaciones de enunciación nuevas mediante el establecimiento de relaciones insólitas entre los campos semánticos. Sin embargo, para que esta vitalidad se muestre como un modo posible de trato con el mundo, debe ser reorientada a los fines del conocimiento. Así, no es la creatividad *per se* del lenguaje como fenómeno inmanente lo que interesa rescatar, sino que en tanto creatividad permita establecer nuevos lazos con los estados de cosas que se quieren describir o afirmar mediante ellas.

En este sentido, la metáfora viva no lo es sólo porque vivifica un lenguaje constituido, sino, sobre todo, porque provoca la necesidad de pensar más a nivel del concepto, es decir, del sistema prefigurado y con suficiente estabilidad como para subsumir en él los casos específicos. Surge así el carácter complementario de las dos modalidades del lenguaje y su mutua potencialidad para relacionarse con lo extralingüístico, pues -como sostiene Ricoeur- mientras la metáfora aporta al lenguaje un mundo pre-objetivo en el que proyectamos nuestras posibilidades más propias, el concepto permite su articulación mediante procedimientos explicativos que requieren y/o presuponen un registro unívoco.

De allí que el problema no sea decidir si se trata de un fenómeno traducible o no para que satisfaga su propósito, sino más bien a qué voy a trasladarlo (y con qué pretensiones), pues si supongo que la traducción sólo consiste en verter un lenguaje de mayor riqueza o complejidad a otro con pretensiones de alcanzar economía por univocidad, la metáfora muestra ser económica por condensación, por lo cual requiere más bien de explicitación y desarrollo para tratar con ella -lo cual supondría más bien traslado por amplificación-.

Lo que acabo de señalar sugiere un problema adicional a los que venimos tratando hasta ahora, y es el de la paráfrasis continua, el del traslado ininterrumpido dado el carácter potencial de remisiones múltiples que involucra el proceso, lo que suele denominarse textura abierta. La respuesta de Ricoeur es clara: "sólo las metáforas de sustitución son susceptibles de ser objeto de una traducción que restauraría la significación literal. Las metáforas de tensión no son traducibles porque ellas crean su sentido. Esto no quiere decir que no puedan ser parafraseadas, sino tan sólo que tal paráfrasis es infinita e incapaz de agotar el sentido innovador" (Ricoeur, 1976, p. 65)

El desplazamiento del carácter infinito atribuido ahora a la paráfrasis y no a la traducción muestra, por una parte, que la primera no se puede dirimir en términos de inmanencia por reducción a cuestiones de código o sistema -pues esto sería propio de la traducción-, y a la vez muestra que se trata de un auténtico problema pero dirimible en términos de interpretación,¹ es decir, en términos que se precupen por la relación del lenguaje con el mundo, por lo cual la remisión infinita no debería ser vista como un problema a resolver con parámetros decisorios que pretendieran, por ejemplo mediante algoritmos, alcanzar la univocidad; sino más bien como fenómeno a explorar en términos de excedente de sentido.

Notas

ⁱ En *Lenguaje e interpretación en Paul Ricoeur*, Prometeo, Buenos Aires, 2005, cap.II, desarrollo este enfoque en relación con la recepción del texto.

Bibliografía

LAKOFF, G. Y JOHNSON, M. [1980], *Metaphor we live by*, Chicago y London: The University of Chicago Press, 1980.

SEARLE J. [1979] "Metaphor", en Ortony, A. (ed.), *Metaphor and Thought*, Cambridge: C.U.P., 1982.

RICOEUR, P. [1974] "Metaphor and the central problem of hermeneutics" en *Hermeneutics and the Human Sciences*, John Thompson (ed.), New York: C.U.P, 1981.

RICOEUR, P. [1975] *La metáfora viva*, Madrid: Tecnos, 2001.

RICOEUR, P. [1976] *Teoría de la interpretación*, México: Siglo XXI, 1995